

VOS ESTIS SAL TERRAE

PRO MANUSCRITO

EXTRA - COMERCIAL

por el

P. Valentin Panzarasa



SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA TALLERES CASA NAC. DEL NIÑO

PROVIDENCIA 1701

1937

NUESTRAS GRAVES RESPONSABILIDADES ANTE LOS MALES DE LA HORA PRESENTE

(Sólo para Sacerdotes y Religiosos)

NOTA: 1) Estas observaciones fluyen como clara consecuencia de un folleto que el P. Valentín Panzarasa, Salesiano, ha publicado con título análogo: "Nuestras responsabilidades ante los males de la hora presente" (sólo para católicos). Luego estas páginas deben ser leídas teniendo en cuenta el contenido de aquéllas.

2) Es un sacerdote joven que departe familiarmente con su tío, también sacerdote, que tiene canas, años y mucha experiencia.

Joven.—Tío, ¿ha leído Ud. el folleto titulado: "Nuestras responsabilidades en la grave hora presente"? ¡Qué buen despertador, no? para todos los católicos que hasta ahora no se han dado cuenta del papel que les corresponde desempeñar frente a los conflictos sociales!

Anciano.—Sí; el folleto es un buen despertador para los católicos; y lo es más todavía para nosotros, los sacerdotes, los religiosos, y todos los que en la Iglesia están encargados de ejecutar las órdenes de la Jerarquía, de los Superiores puestos por el Espíritu Santo para gobernar a los fieles. Esas paginitas no tocan este punto candente, pero entre líneas se puede ver el *a fortiori* de nuestras responsabilidades.

Joven.—Y ¿cómo así, tío?

Anciano.—¡Ah! es cosa muy dolorosa el constatarlo y el confesarlo: pero nuestra responsabilidad se haría mucho más grave si la calláramos o no la reconociéramos. Cuando los únicos defensores de la casa son los perros guardianes, y éstos

duermen en las horas en que más deberían vigilar, ¿qué será del patrimonio de la casa?

Joven.—¿Tiene la bondad de explicarme un poco, tío, su idea?

*

* *

Anciano.—¿Cómo no?, hijo. Oye bien y todo lo verás claro. Procedamos por partes. Allí en aquel folleto, se pone en claro que la mayoría de los católicos no han estudiado y no conocen a fondo la doctrina de Jesucristo; que por eso no han sabido y no saben resistir ni refutar los errores que inundan el ambiente y malean las almas, y refuerzan las filas de los enemigos de Dios. Todo eso es cierto; pero dime: nosotros los sacerdotes ¿hemos desempeñado todos, con ahinco, con sacrificio, con pasión, con la preparación que el asunto requería, el oficio de maestros de la doctrina católica? Seamos francos. El Papa Pío X (para hablar sólo de documentos de este siglo), en su Encíclica "Acerbo nimis", de hace 30 años, encarecía muchísimo la enseñanza esmerada, bien preparada, profunda, de la doctrina católica. (Cosa que después se repitió muchísimas veces en las instrucciones públicas de los Papas siguientes). Pues, a ver: ¿hemos todos comprendido la máxima importancia de la instrucción religiosa? En estos últimos 30 años, cuando los errores se han propalado en extensión e intensidad más que en todo el siglo pasado, ¿ha sido cada parroquia centro de enseñanza esmerada, vivificadora, triunfante, formadora de cultura religiosa, para niños, para jóvenes, para señoritas, para padres y madres de familia, y especialmente para los pobres de los conventillos? Y los colegios católicos que tienen sus horas de instrucción religiosa por semana, ¿qué resultados halagüeños han tenido? muchos? extensos? ¡Ojalá fuera así para todos! Es justo reconocer que en este sentido se ha trabajado mucho en ciertas partes, en ciertos sectores, y es de esperar que cada día lo bueno vaya aumentando; pero también debe decirse que lo hecho hasta ahora es insuficiente. Siendo ello así, dime: ¿No cae sobre nosotros el que los católicos no tengan en general la instrucción religiosa sólida y profunda que necesitan? Evidente.

¿Quién debe formar a los fieles si no los sacerdotes de uno y otro clero?

Los colegios de religiosas también han manifestado muchas deficiencias en la instrucción religiosa de sus alumnas. Pero aquí también ¿no son acaso los sacerdotes los que deben enseñar a las religiosas mismas y a sus alumnas? Por todas partes aparece la necesidad de que nosotros, con energía y sacrificio, intensifiquemos nuestra labor de enseñar las verdades de nuestra santa Religión. Esa fué una de las labores principales de N. S. Jesucristo. Si nosotros trabajamos con mayor esmero, aumentará el número y la calidad de los fieles bien instruídos, y tendremos una mejoría preciosa en la vida cristiana personal, familiar y social.

* * *

Joven.—Sí; todo eso es cierto; de una más profunda acción del clero sobre los fieles resultarán mejores frutos de espíritu cristiano. Pero, ¿es tan difícil pescar a tantos padres y madres de familia, a tanta juventud, y sobre todo al pueblo, a los pobres, para enseñarle la Religión!

Anciano.—Sí, es cierto, y en parte esto es efecto de nuestra desidia en conservar al lado nuestro al pueblo, en ir a él cuando él se alejaba de nosotros. ¡Cuántas otras enseñanzas brotarían del estudio de este otro problema: ¿por qué el pueblo vive alejado del sacerdote católico? ¿por qué el pueblo mira mal al sacerdote católico? Pero, tocando el punto preciso que nos ocupa, digo que sí, que es difícil enseñar a las distintas clases de los fieles la religión; pero ello es sumamente necesario, indispensable, insustituible. Sin ello, todo lo demás no resulta a nada, todo queda perdido. La vida humana, en cuanto tal, empieza por la cabeza, y si no tomamos la cabeza, la inteligencia de las almas con la inculcación de la verdad enseñada por Jesucristo, es imposible orientar las almas hacia el mismo Jesucristo; lo primero que El ordenó a sus Apóstoles fué eso: **Id y enseñad**. San Pablo fué, caminó por todo el Imperio Romano de entonces, y **enseñó** y murió enseñando. O hacemos eso y nos sacrificamos en ello, con gloria para Jesucristo, o los enemigos de El nos sacrificarán a nosotros

con el martillo o la hoz, como lo están haciendo en otras partes.

Y nota una cosa: nunca ha bastado la instrucción dada en común a todos los fieles; ha sido siempre necesario, y hoy lo es más que nunca, proporcionar a cada alma en particular, según sus antecedentes, según su mentalidad, según su condición, una enseñanza religiosa preparadora y triunfadora. Se trata de formar a hombres profundamente convencidos, como se los busca el Soviet; y eso se logra con las conversaciones personales especializadas. Ahora, ¿cuántos sacerdotes están preparados para esta tarea tan delicada pero tan preciosa? ¿Cuántos universitarios, cuántos profesionales hay en Santiago que necesitarían una instrucción adecuada a sus necesidades personales! y ¿cuántos sacerdotes están preparados para ayudarlos a llegar a la fe, contestar sus dudas, hacerles comprender la belleza y sublimidad de la doctrina de Cristo? y si eso no lo hacemos nosotros ¿quién lo hará? ¡La mies es mucha, y los operarios, es muy de lamentar, son pocos, en cantidad y en calidad!

*

* *

Sobre el punto: **Clero y Pueblo, Clero y Obreros**, la última Encíclica del Papa "**Divini Redemptoris**" (19 de Marzo de 1937), tiene unos párrafos conmovedores; digo conmovedores por un motivo especial: los escribió cuando estaba gravísimamente enfermo, próximo a morir, y en lugar de cuidar de sí mismo, pensaba en el bien de toda la humanidad. Oye lo que dice textualmente:

N. 60.—"Para la obra mundial de salvación que hemos venido bosquejando y para la aplicación de los remedios que hemos indicado brevemente, ministros y obreros evangélicos designados por el Divino Rey, Jesucristo, son en primera fila los sacerdotes. A ellos, por vocación especial, bajo la guía de los Pastores sagrados, y en unión de filial obediencia con el Vicario de Cristo en la tierra, está confiada la misión de mantener encendida en el mundo la antorcha de la fe y de infundir en los fieles esa sobrenatural confianza con la cual la Iglesia en el nombre de Jesucristo ha combatido y

vencido tantas batallas: “Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe” (I. Ioa. 5, 4.)

N. 61.—“En modo particular recordamos a los sacerdotes la exhortación de Nuestro Predecesor León XIII, tantas veces repetidas, de ir a los obreros, exhortación que Nos hacemos Nuestra y completamos: “Id a los obreros, especialmente al obrero pobre, y en general id a los pobres”, siguiendo en esto las enseñanzas de Jesús y de su Iglesia. Los pobres, en efecto, son los más asediados por los falsarios, que explotan su miserable situación para encenderles el odio contra los ricos y excitarlos a apoderarse por la fuerza de aquello que les parece injustamente negado por la suerte; y si el sacerdote no va a los obreros y a los pobres para premunirlos y desengañarlos de los prejuicios y de las falsas teorías, éstos se convertirán en fácil presa de los apóstoles del comunismo”.

N. 62.—“Toda otra obra por más hermosa y buena que sea, debe ceder el puesto a la vital necesidad de salvar las bases de la fe y de la civilización cristiana; y por lo tanto, en las parroquias los sacerdotes, aun dando naturalmente lo que sea menester al cuidado ordinario de los fieles, reserven la parte mayor de sus fuerzas y de sus actividades para reconquistar las masas de trabajadores para Cristo y para la Iglesia y para hacer penetrar el espíritu cristiano en los ambientes que le son más extraños. Ellos encontrarán luego en las masas populares una correspondencia y una abundancia de frutos inesperados, que les compensará el fatigoso trabajo del primer desmonte, como hemos visto y veremos en Roma y en otras muchas metrópolis, donde, al surgir nuevas iglesias en los barrios periféricos, se van recogiendo celosas comunidades parroquiales y se obran verdaderos milagros de conversiones entre las poblaciones que eran hostiles a la religión sólo porque no la conocían.

*

*

*

Joven.—Pero, tío, ¿cómo se puede predicar seriamente la doctrina de Jesucristo, cuando hay fieles que toda función en la Iglesia la encuentran larga, y no pueden oír una plática de 20 minutos?

Anciano.—A eso hemos llegado, por desgracia; el biógrafo siempre lleno, y nunca bastante largo, ni aún cuando las películas salen inconvenientes para un espíritu cristiano. Igualmente dígase del Club Hípico o del Canódromo, o de las conferencias de un Crisnamurti cualquiera. La palabra de Dios está mal cotizada, es cierto; pero hay modo de hacerla apreciar. Si se predicara breve, sí, pero con ardor, con sustancia, con adaptación al alma y a la vida práctica de los oyentes, poco a poco la gente vendría a escucharnos. Los fieles se duermen y se aburren cuando oyen la novenita, o la lectura del librito más o menos rutinario, que les dice muy poco a la inteligencia, al corazón, al alma. Interesemos las conciencias acerca de las necesidades de hoy, prediquemos a Jesucristo vivo y vivificador, el gozo de creer en El, el amor de El, el poder de su gracia para fermentar los corazones, consolar los afligidos, resolver, hasta donde se pueda, las dificultades más graves de la vida, y entonces las almas se nos acercarán y apreciarán su santa religión.

*

* *

Joven.—El folleto ese, también señala la culpabilidad de aquellos católicos, que no obstante tantos llamados de los Papas para que se guardase la doctrina social de la Iglesia, no se han preocupado de ella, y han seguido dejando en la miseria y pobreza a sus trabajadores, obreros o inquilinos; ¿también bajo este aspecto le toca algo al clero?

Anciano.—Muchísimo; también esto es muy doloroso tener que confesarlo. Los Papas, como lo demuestra el folleto mentado, claman desde hace 50 años, la necesidad de estudiar y practicar las doctrinas sociales de la Iglesia; repiten que una economía nueva, cristiana, es indispensable para evitar ruinas sociales, catástrofes, revoluciones, triunfos de los enemigos jurados de Cristo, la perdición de muchísimas almas etc. Como era natural, y no podía ser de otra manera, se encargaba especialmente a los sacerdotes de promover la nueva era social. Es lo que leemos, por ejemplo, en el párrafo final de la "Rerum Novarum" de León XIII (año 1891): "Los sa-

grados ministros apliquen a esto **todas** las fuerzas de su ánimo y **toda su industria**, y precediéndolos vosotros, Venerables Hermanos (los Obispos), con la autoridad y con el ejemplo, **no cesen de inculcar** a los hombres de todas las clases las enseñanzas de la vida tomadas del Evangelio. **Con cuántos medios puedan**, trabajen en bien de los pueblos, y especialmente procuren conservar en sí y excitar en otros (tanto de las clases altas, como de las más bajas) la caridad, reina de las virtudes". En la "Caritate Christi compulsi" (1932) leemos estas otras palabras de Pío XI: "Por consiguiente, es necesario, Venerables Hermanos, **que incansablemente nos pongamos en contra como muralla para defender la casa de Israel** (Ezequiel-XIII, 5), uniendo también nosotros **todas nuestras fuerzas** en un único y sólido frente compacto contra las malvadas falanges, enemigas tanto de Dios, como de la humanidad".

Con estos antecedentes, ¿qué debía hacer el clero de todo el mundo? ¿No era esta lucha en contra del Socialismo (que después degeneró en el Comunismo) lo que más interesaba para la salvación de las almas y de la humanidad? Sí; pues entonces, **todo el clero**, con ahinco de soldados generosos y fieles, habría debido, desde al menos 50 años: 1) estudiar a fondo esas doctrinas sociales de la Iglesia; 2) predicarlas continuamente a los fieles y a todo el mundo, para que brillara la sabiduría de la Iglesia y el camino de la salvación; 3) además de la predicación, el clero debía emprender el trabajo duro, sí, pero fructífero, de encarecer, de instar, con tino, pero también **opportune et importune**, la observancia de estas doctrinas de parte de los ricos, para el bien del pueblo; 4) dar a todos el buen ejemplo de cumplir, el clero en masa, con los dictados de la justicia y caridad sociales, tal como los predicaban los últimos Papas. ¿No es evidente todo esto? Pues, ¿qué ha pasado en cambio? Ha pasado este hecho desolador, lleno de las consecuencias más negras, que ya se desencadenaron en Rusia, en España, en Méjico etc.; el clero en masa no ha estudiado esas doctrinas, **no las ha enseñado** (claro: ¿cómo lo podía hacer si no las había estudiado?); no las ha encarecido a los fieles y mucho menos a los ricos; por lo mismo, estos últimos, en gran número, siguieron en sus ideas

viejas, liberales y egoístas; el pobre continuó siendo tratado a ración de hambre y poco menos que un animal. Hubo algo más grave: el clero, en gran parte, descuidó mantener contacto con los pobres y miserables, y continuó tratando con las personas adineradas, para ayudarse en las necesidades personales o del culto; y esto le produjo frutos muy amargos: vinieron el Socialismo y el Comunismo explotando la miseria del pueblo; lo lanzaron en contra de los ricos y de nosotros, los defensores (en sus mentidas prédicas y propaganda) de los capitalistas y tiburones; y los exaltados llegaron a creer que matar a un cura era librar al mundo de la peste más peligrosa. Es lo que debía venir. Si en todos los Seminarios, en todos los colegios de Religiosos, en todas las Universidades católicas, en toda parroquia, en todo diario católico se hubiera predicado lo que los Papas enseñan acerca de la justicia y caridad sociales, esas doctrinas habrían llegado con mucha mayor extensión a la vida práctica de los cristianos, y no estaríamos al borde de tanto precipicio. No hemos cumplido con nuestra misión de maestros, y en esta condición es claro que los fieles no entendieron y no practicaron la sociología de la Iglesia. Pero ¿de quiénes es la culpa principal sino de nosotros?

*

* * *

Joven.—La cosa es muy seria, y yo no había pensado en estas mutuas influencias entre sacerdotes y fieles. Pero acá en Chile, ¿también eran urgentes las enseñanzas y la práctica de esas doctrinas?

Anciano.—En todo el mundo esas enseñanzas eran y son extremadamente necesarias. Los Obispos nuestros no han dejado de publicarlas entre nosotros, como se dice en la última Pastoral colectiva. El Señor Arzobispo, Excmo. Sr. Campillo, al publicar en el año 1932 en un solo folleto las 3 Encíclicas: "Rerum Novarum", "Quadragesimo Anno" y "Caritate Christi compulsi", dice lo siguiente en el Prefacio: "Nuestra última palabra irá dirigida a vosotros, venerables cooperadores nuestros en el sagrado ministerio, a vosotros, sacerdotes en el Señor; armados de verdadera ciencia, llenos de espíritu de justicia y de equidad, revestidos de la caridad de Cristo, id

por todas partes, acompañados por los fieles que quieran tomar parte en la Acción Católica; enseñando lo que el Papa enseña en estos documentos, porque esa es la doctrina oficial de la Iglesia, porque esa es la palabra de Jesús". Pues, ¿cuántos sacerdotes entre nosotros han tomado en serio esta pastoral exhortación? ¿cuántos han buscado tener la verdadera ciencia de las Encíclicas sociales? y han ido por todas partes a enseñarlas, con el celo, la diligencia y la incansabilidad con que se predica la palabra de Jesús? Son cosas dolorosas que no conviene propagar en público para no dar mal ejemplo a los fieles; pero son verdaderas; y ¿no has oído tildar muchas veces de comunista a algún sacerdote, por el solo hecho de predicar las doctrinas sociales de la Iglesia?

* * *

Joven.—Y ¿cómo se explica, tío, semejante negligencia, o pereza, o descuido en cosa de tanta importancia? No parece así como una enfermedad espiritual colectiva, que ha invadido la viña del Señor?

Anciano.—Así parece y así lo es. Pero no sé bien a qué causa atribuir esta nuestra incomprensión de las necesidades del momento histórico, y nuestro vegetar en la rutina del trabajo ministerial que conserva las maneras de un antaño ya sepultado. ¿Sería acaso egoísmo, o miedo al sacrificio, o temor de alejar de nosotros a los ricos y las ventajas materiales que nos venían del trato indulgente con ellos? Sería la repugnancia que inspira el trato con el pueblo poco culto, a veces sucio y poco atrayente? No lo sabría decir. Pero algo de todo eso debe haber habido, si juzgamos por lo que el Papa Pío XI dice en su Encíclica sobre el Sacerdocio. Evidente que allí quiere y exige sacerdotes más adictos a Cristo que a sus intereses, y más ricos de pobreza y celo evangélicos, aunque sea disminuyendo el número de los que actualmente trabajan en el ministerio de las almas.

* * *

Joven.—Y ¿cuáles son los puntos más descuidados de la doctrina social de la Iglesia?

Anciano.—Son los indicados en el folleto a que has aludido: a saber: a) concepto cristiano (se podría decir: **humano**) de la propiedad; b) función social de la propiedad (este punto compenetra el primero); c) la obligación de pagar un salario humano o familiar a los trabajadores; d) el deber para los ricos de practicar la caridad social para con los pobres y necesitados; e) la organización blanca horizontal de los trabajadores católicos en sindicatos; f) trabajo y estudio para que se pueda advenir a la organización corporativa (vertical) de las empresas industriales, comerciales, agrícolas etc. Si no se trabaja denodadamente sobre estos puntos, para que lleguen pronto a ser elementos positivos de nuestra vida social, nacional, llegarán las desgracias tremendas que los Papas han predicho, y que en otras partes ya están ardiendo.

Mira lo que escribe el Papa a los Pastores católicos de Méjico (Hoy, Pascua de Resurrección, según los cables), entre muchas otras cosas: "La directa intervención en las cuestiones sociales os inducirá a tomar especial interés en la suerte de tantos pobres trabajadores que se hacen demasiado fácilmente víctimas de la propaganda anticristiana, turbados por la necesidad de ventajas económicas. Si amáis realmente a los trabajadores (y debéis amarlos porque sus condiciones de vida se aproximan a las del Divino Maestro), ayudadlos material y moralmente. No menos grave es la necesidad de la ayuda religiosa y económica a los campesinos y población agrícola que se compone en gran parte de indios. Hay millones de almas que redimir con la Sangre de Jesucristo, y vosotros tendríais que responder por ellas algún día. Confiamos, Venerables Hermanos, que tomaréis especial cuidado de los pobres desamparados y exhortamos al clero a ayudarlos con cariño".



Joven.—Pero tío; ahora en las últimas elecciones, aquí en Chile las derechas han vencido. Así que para un tiempo largo ya no habrá peligro de revoluciones, o de levantamientos y destrozos comunistas.

Anciano.—Hijo, ¡ojalá fuera cómo tú dices! La verdad es muy otra. Las grandes dificultades sociales, las grandes injusticias cometidas durante tantos años, la grande miseria de los pobres, no se remedian con una victoria de derecha, ni con un gobierno de tal o cual color. Ello tiene remedio sólo en la vida cristiana comprendida y vivida por las masas obreras y por los ricos, en la práctica de la justicia y caridad social. Esto pide una transformación radical de la vida paganzante del ambiente. Eso lo debemos conseguir nosotros, los sacerdotes, con el ejercicio esmerado de nuestro ministerio, con el sacrificio, con la oración, con la predicación, con nuestra dedicación a los pobres, a los conventillos, con ir al pueblo de veras. Mucho nos queda por hacer; muchísimo; y si nos quedamos mano sobre mano, la ola de los odios crecerá cada día más, y pronto nos tamará con sus horrores. La victoria eleccionaria de las derechas que tú dices, debe ser un motivo más para darle al pueblo, lo más pronto posible, lo que tiene derecho de tener, dentro del espíritu cristiano, y dárselo con bondad y con humanidad.

Agreguemos otra cosa, que muy bien podemos decir entre nosotros, donde nadie se escandaliza. Si queremos que el pueblo nos estime, y se deje acercar y nos oiga y reciba de nosotros las palabras de vida que trajo Jesucristo, es necesario que vea en nosotros todos unos modelos acabados, especialmente en ciertos puntos de vida moral. Si el ministro de Dios flaquea gravemente en la moral que él predica como venida de Dios, resulta primero en destruir los frutos de su misma predicación. Ni el pueblo cristiano, **ni nadie en el mundo**, puede aceptar una doctrina moral condenatoria de sus pasiones (como es la de Jesucristo), cuando el que la predica claudica miserablemente en contra de ella.

* *

* * *

Joven.—¡Qué tremenda la condición y la responsabilidad de los sacerdotes que dan mal ejemplo a los fieles! Y ¿cuáles son los puntos más destructores de la estimación que los fieles tienen del sacerdote?

Anciano.—Es muy fácil saberlo: pon en primera fila las libertades y fallas contra la castidad, de cualquier naturaleza que sean. Esas faltas los mundanos las hallan muy pasables para ellos mismos, pero todos son sumamente intransigentes (y es justo que sea así), cuando se manchan de fango los sacerdotes de Jesucristo. En segundo lugar, la avaricia o el apego al dinero; y en tercer lugar, la altanería o repugnancia en tratar con cariño a los pobres y miserables. Abí tienes lo que más afea al sacerdote y lo que más aleja a los fieles de sus cuidados espirituales. Con esto saca la cuenta del mal inmenso que hacen en la viña del Señor, los apóstatas, los relajados, los cultivadores de malas amistades, los abusadores del confesionario, etc. *Sunt lacrymæ rerum.* ¿Y qué decir de los sacerdotes muy adictos a casas donde participan frecuentemente a buena mesa, a tertulias, a charlas con damas elegantes, con alegres caballeros, donde pasan ociosos un tiempo que los propagandistas rojos ocupan intensamente en envenenar al pueblo? ¡Ah! . . . pícaro libro de D. Crescente: “Algo de lo que he visto”.

También produce pésima impresión en los fieles y en todos, la conducta rutinaria, o irrespetuosa, o liviana, o mundana del sacerdote en el templo, cuando administra los santos sacramentos, o hace oración, o reza la Santa Misa. Si no hay verdadero espíritu de piedad, si no hay modesta gravedad, si no hay devota atención y dedicación a los ritos sagrados que cumple, el sacerdote desedifica a los fieles, y dicen ellos, con intuición certera: ¡bah!, nuestro cura, o el frailecito, no tiene ni pizca de devoción; si se le saca la sotana o el hábito, es un cualquiera, un negociante o un empleado del santuario. ¡Qué tremendo esto, hijo mío; que digan de nosotros: es un cualquiera, es peor que los demás. Por la vida de Cristo que debe irradiar de nosotros, somos la sal de la tierra, de las almas, y si bajamos a ser sal podrida, ¿qué será de nosotros? ¡Cuánta oración necesitamos, y cuánta fe, y cuánto desgaste de rodillas (como lo decía el Cura de Ars) para devenir prolongadores de Cristo!

Sobre este mismo asunto, el Sumo Pontífice, en la ya citada última Encíclica, con la discreción sapientísima que lo caracteriza, tiene este párrafo:

N. 63.—“Pero el medio más eficaz de apostolado entre las multitudes de pobres y humildes, es el ejemplo del sacerdote, el ejemplo de todas las virtudes sacerdotes, cuales las hemos descrito en Nuestra Encíclica “Ad catholici sacerdotii”; pero en el caso presente en modo especial, un luminoso ejemplo de vida humilde, pobre, desinteresada, copia fiel del Divino Maestro que podía proclamar con divina franqueza: “Las zorras tienen sus guaridas y los pájaros sus nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene donde reposar su cabeza”. (San Mateo, VIII, 20). Un sacerdote verdadera y evangélicamente desinteresado, hace milagros de bien en medio del pueblo, como San Vicente de Paul, un Cura de Ars, un Cottolengo, un Don Bosco y tantos otros; mientras un sacerdote avaro e interesado, como lo recordáramos en la ya citada Encíclica, aun si no se precipita como Judas en el abismo de la traición, será por lo menos un “vano bronce que suena” y una inútil “campaña que tañe” (I. Cor. XIII, I), y con demasiada frecuencia mas bien un impedimento que un instrumento de gracia en medio del pueblo. Y si el sacerdote secular o regular por razón de su oficio debe administrar bienes temporales, recuerde que no solamente debe con escrúpulo observar todo lo que prescribe la caridad y la justicia sino que debe mostrarse, en modo particular, un verdadero padre de los pobres”.

*

* * *

Joven.—Tío, y ¡qué tarea difícil deberá ser esa de llevar a las almas que son cristianas a medias o nada cristianas, a vivir la vida integralmente cristiana, no?

Anciano.—¡Oh! sí, y trabajo urgentísimo, además de ser sumamente difícil; no temo exagerar diciendo que es realmente formidable. . . Piensa en efecto que se trata de poner curación a este mal tremendo, que **la masa de los cristianos no vive generalmente en gracia de Dios, vive en pecado mortal;** si no se vive en gracia de Dios, casi nulo es el espíritu cristiano y sus frutos en la vida de las personas, de las familias y de la sociedad. . . casi nula la castidad individual y pública; el camino está abierto a todos los errores. Eso de vivir la

masa de los cristianos generalmente **en pecado mortal**, es un mal gravísimo, horroroso, y pocos lo toman en cuenta, ya sea entre los fieles, ya sea también entre nosotros. Es una obcecación casi colectiva. Por eso la vida moral en las naciones católicas es poco distinta de la de las protestantes, y el paganismo nos invade por todas partes; ya estamos tan acostumbrados a esa incomprensión de la Religión de Jesucristo (que es esencialmente para vivirse en todas las horas y condiciones de la existencia humana), que casi ello no nos hace impresión. Esa profunda deficiencia nos parece natural. Mal horrorendo, porque prácticamente es aniquilar la Redención de Jesucristo en las almas,

Por eso resulta tan desacreditada nuestra religión y con ella N. S. Jesucristo. Si hablas de la moral católica en público y afirmas que ella sola es capaz de humanizar al hombre y darle la felicidad del corazón, la gentileza de las costumbres, el mutuo respeto, la bondad verdadera, el noble gozar de la vida, etc., habrá un número notable de gentes que se reirá de tí y te dirá: "Esas son utopías, palabras; la religión que nosotros conocemos no da nada de eso; los que la practican tienen miserias como todos los demás, sólo que tienen talvez más cuidado en taparlas"; y creen tener razón. Es que lo que ellos ven es eso, pues la vida corriente de los católicos no es la vida **católica**, porque no se vive a fondo, por toda la masa de las almas, al mismo Jesucristo.

*

* *

Joven.—Y ¿por dónde se podría empezar a trabajar para elevar a la masa de los católicos a vivir más de Jesucristo?

Anciano.—Opino que lo que es indispensable e insustituible, es hacer entender el tesoro que es **la gracia santificante**; lo que es la vida en Cristo, y la riqueza inmensa de gozo, de nobleza que ella encierra; combatir el paganismo reinante; aumentar la fe, la moralidad; cosas todas imposible de conseguirse, si nosotros no copiamos en nosotros la misma vida mortificada y sobrenatural de Cristo. Muchos se quejan de

que somos pocos; en este sentido me atrevo a decir que somos demasiados; la mitad de los sacerdotes que hay en Chile, si fuésemos desprendidos y apostólicos, como Cristo y su Vicario el Papa nos quieren, bastarían para hacer cosas inmensas.

Los niños, la juventud: he aquí la esperanza del porvenir. Educar a fondo en el espíritu cristiano a los niños. En el folleto del Padre salesiano se habla de este punto con seriedad, respecto de las familias y de los católicos en general, acá digamos algo especial para nosotros. Hay sacerdotes dedicados a la cura de almas quienes piensan que la educación cristiana de los niños de ambos sexos, no les pertenece a ellos directamente; que eso es incumbencia de colegios y escuelas, etc. Este es error bien pernicioso. La verdad es otra: todo sacerdote es y debe ser educador cristiano, también los curas, y si cabe, más ellos que los que trabajan en los colegios.

*

* *

Joven.—Y ¿cómo se podría probar esto, tío?

Anciano.—Es cosa muy fácil; y ojalá fuera igualmente muy fácil hacerla penetrar en la mente y en el espíritu de todos los sacerdotes, y mejor todavía, meterle el espíritu de reducir generosamente esa buena idea a la práctica.

Como lo pone en claro el Card. Mercier en su obra maestra "La Vida Interior", Jesucristo ha encomendado sus poderes divinizadores oficialmente, íntegramente y principalmente a la Jerarquía de la Iglesia Católica, y los miembros de la Jerarquía son como las arterias principales del Cuerpo Místico de Cristo, que deben llevar la vida divina de su Corazón adorable hasta los últimos miembros de la sociedad cristiana.

Pues bien, esas arterias, esas articulaciones de la Jerarquía son: el Obispo unido con el Papa hacia arriba; y hacia abajo, hacia el pueblo y los fieles, los Párrocos y demás curadores de almas unidos con su Obispo. Considerado de este modo el Cura-Párroco, (debemos reconocerlo delante de todos), vale más, en paridad de condiciones, que cualquier

otro sacerdote o religioso que no pertenezca directamente a la Jerarquía. Todos los demás serán auxiliares de la Jerarquía, pero no los órganos directos, oficiales, de la economía divinizada de la Iglesia.

Luego los sacerdotes encargados de alguna parte del rebaño de Jesucristo, tienen más que todos los otros las gracias y los dones y las condiciones (radicales al menos) para divinizar más eficazmente, para educar más fácilmente a las almas de los redimidos. El Papa Pío XI en su sabiduría eminentísima ha tomado en cuenta esto, en la magna obra de organizar la Acción Católica.

¿Qué es la Acción Católica?

Es la falange disciplinada de los verdaderos cristianos puestos a las órdenes de la Jerarquía, para ayudarla a cristificar a todos los demás.

Y, ¿A cuál centro o foco deberán enchufarse directamente todos esos grupos de la A. C. para recibir primero, y después comunicar la vida a los demás?

¿A cualquier sacerdote de mucha virtud, o de mucho saber, o de muchas influencias sociales? No, **al Párroco tiene que ser**; el Párroco es el centro nato, inmediato, donde el pueblo cristiano puede y debe sacar, lo más profunda y abundantemente posible, la savia redentora y educadora de Jesucristo. Luego el Párroco es el educador nato de todos los fieles, luego también de los niños.

El día 12 de Julio de 1933 se proclamó en el Vaticano la Heroicidad de las virtudes del angelical joven Domingo Savio, muerto en la tierna edad de 15 años, después de haber chupado con ardor y docilidad extraordinarios la savia espiritual de su Padre y Maestro, San Juan Bosco. En esa ocasión el Santo Padre pronunció un magnífico discurso, poniendo de relieve la exquisita formación cristiana del joven Savio, y habló de la educación de la Juventud en general. En cierto punto el Papa habla de su querida, siempre recordada Acción Católica, y dando una mirada a la juventud del mundo entero, delinea la formación, la educación de esa juventud en los respectivos centros de A. C., (**nota, en los respectivos centros de A. Católica**), con estas precisas palabras:

“La Acción Católica, que no quiere ni debe ser otra cosa sino la participación del laicado al apostolado jerárquico, para ser tal, para poder entrar en esta línea, debe ser ante todo una formación más profunda, consciente, exquisita, de vida cristiana, de conciencia cristiana y sobre todo en la pureza de la vida, en el espíritu de piedad, en la participación ante todo de esta grande piedad de la Iglesia, de su incesante oración y unión con Dios”.

“El Papa los ha llamado a estos jóvenes queridos, bajo la gloriosa bandera de la oración, de la acción, del sacrificio, porque es con la oración y el sacrificio como se prepara la acción, es con la oración inspirada a la piedad, con el sacrificio, ante todo íntimo, personal, aquel sacrificio que cimienta sus raíces siempre en el espíritu, en la penitencia, en la mortificación cristiana; es así y únicamente así como se puede preparar la acción fecunda del apostolado, acción que no puede realizarse con los solos auxilios humanos, por muy grandes y generosos que sean, sino que tiene necesidad esencial de la ayuda divina, ayuda divina que no se puede obtener en otra forma”.

Hasta aquí el Papa. Piensa ahora una cosa: esa juventud, para la cual el Papa reclama tan esmerada y diligente formación interior, ¿no pertenece en un 80% a los centros parroquiales? Consecuencia lógica: la Parroquia es la eminente educadora de esa juventud!

No he dicho una novedad. El Paganismo greco-romano fué abordado, convertido y educado en la vida de Cristo, no por colegios católicos, sino por obra de los sacerdotes ayudantes de los Obispos. Cosa vieja ésta, pero magnífica; ella nos debe hacer estimar cada día más y predicarla, la función netamente divina que desempeña cada Párroco a la cabeza de su porción de Iglesia.

*

* *

Joven.—Y ¿cómo alcanzar a infundir en corazones tan egoístas, como se hallan entre los fieles, la caridad de Cristo,

el odio a la avaricia, las ansias de la pureza y el amor al prójimo?

Anciano.—La caridad y la justicia social que tanto faltan en los católicos de nuestros días, no pueden cuajar, ni crecer, ni fructificar en sus corazones, porque les falta el fundamento, el alimento indispensable, que es el conocimiento revelado de que todos somos **hermanos en Cristo**. San Pablo llena sus epístolas de la consoladora y edificantísima doctrina del **Cuerpo místico**, o social, o integral de Cristo, y funda en ella toda la moral que predica a los fieles del 1.^{er} siglo, que del paganismismo craso venían al cristianismo con bríos de atletas y victorias de martirio. Esa doctrina es desarrollo de las enseñanzas de Jesús (según San Juan), y nosotros casi la hemos olvidado. Autores selectos hay que se afanan en volverla a la luz, en hacerla conocer, en explicarla... pero esas obras están muy lejos de llegar a la masa de los católicos por medio de la predicación ordinaria, por medio del confesionario, de las revistas eclesiásticas, etc. Tras la excusa de que es difícil explicar esos puntos del dogma católico, se dejan en el olvido. Es dejar la muerte o la anemia en las almas; es casi perder el tiempo en las ramas, en lugar de ir a la raíz de las cosas. Volvamos al fondo del dogma, a la doctrina de la unión de Cristo con todas las almas, y entonces los corolarios morales resultarán comprensibles y factibles.

*

* *

Joven.—Yo pienso con verdadera desanimación en la tarea sumamente difícil de llegar al pueblo y de empaparle con esas luces de la doctrina de Jesucristo.

Anciano.—Sí, es verdad; es muy difícil, pero no es imposible. Debe empezarse por tratar bien, en todo sentido y con muchos sacrificios, a esos pocos, del pueblo, que se acercan a la parroquia; tratar de enseñarlos, ayudarlos en sus necesidades, más con elevar su situación familiar entera, que con darles limosnas ocasionales, y por medio de uno atraer a

otros. Y así formarse algún grupo, con el que trate con bondad y camaradería algún rico de espíritu sinceramente cristiano, en el que hallen los pobres un amigo verdadero; con esos principios se puede empezar a hacer algo. Sin eso, aunque el cura trabaje mucho dentro de las paredes del templo, su luz, que es la luz de Cristo, no llegará más allá.

Mira lo que escribe el P. Palau de ciertas parroquias de Barcelona (**Criterio**, Buenos Aires, N.º 444). Se retiere el Padre a una situación anterior a los desórdenes que hoy ensangrientan a la madre Patria.

*

* * *

“Diríase que el Dr. Laguarda, Obispo de la diócesis, había leído lo que estampó después “L’ OSSERVATORE ROMANO” (25 de Agosto de 1929): “Si no se constituyen sindicatos cristianos, dadas las condiciones actuales de la vida, todos los sindicatos serán socialistas, y, consecuencia inevitable, todo los obreros serán arrastrados a la indiferencia religiosa, porque el sindicato tiene la virtud de tomar al obrero todo entero, y de absorberle en cuerpo y alma”. Y lo que dijo “L’ OSSERVATORE ROMANO” de los sindicatos socialistas, cuadra más todavía a los sindicatos de tendencias comunistas o anarquistas.

El Dr. Laguarda comprendió, pues, perfectamente que los discípulos de Ferrer irían a engrosar ese sindicalismo tan barcelonés, que había de llegar a la maravilla de organización de sindicato único en cada población eminentemente obrera. En un solo organismo reunía como secciones, a todos los sindicatos locales, con una caja única y con una sola dirección, organismo potentísimo del que había de surgir la Confederación Nacional del Trabajo, y en cierta manera la Federación Anarquista Ibérica, entidades que actualmente influyen, y por cierto de un modo terrible, en la actual guerra civil española.

El Sr. Obispo, cual si leyera en lo porvenir, dióse en el breve tiempo que vivió a favorecer de todas maneras a los

que habían emprendido la difícilísima tarea de oponer obras de Justicia y Caridad sociales, al movimiento anarco-sindicalista, valiéndose para ello, no de señores, y mucho menos de patronos, sino de obreros, como ha enseñado después S. S. Pío XI en la Enciclica "Quadragesimo Anno".

* * *

"Pero aquí surgió una gran dificultad. Si la nueva sindicación profesional había de ser realmente obrera, era preciso contar con trabajadores sanos, esto es, inteligentes en su oficio, no infectos de anarquismo, ni averiados en lo religioso. Y eso no ya en un sector solamente de tan grandiosa urbe, ni sólo en un oficio, sino en varios, por lo menos de las profesiones más densas.

Y agravaba la dificultad aludida, el hecho de que los sindicatos revolucionarios tenían poco menos que acaparados en toda la urbe fabril el terreno sindical. Preciso era sacar tales primeros elementos ya de las asociaciones religiosas, ya de las parroquias más populares. Pero ¡ah! Las Asociaciones Pías no contaban con obreros auténticos, dignos de este nombre, sino con unos pocos, que, casi inútiles en su oficio, y cortos de genio, buscaban a la sombra del religioso dirigente y de una aparente piedad, cómo salir de apuros económicos, o quizá fomentar su medro personal.

En la búsqueda de tales valiosos elementos obreros se vió claro que esas asociaciones no los podían proporcionar. Ni los trabajadores bien formados profesionalmente acudían a ellas, ni ellas sabían atraer a quienes tan de cerca en el trabajo manual imitaban a Jesús, el "Hijo del Carpintero".

La piedad de tales asociaciones era del todo inútil para ayudar a salvar y perfeccionar el alma de los que para poder vivir, érales de todo punto necesario el trabajo manual, elevado por Jesucristo a la categoría de ocupación divina.

Pero esos **pionners** del sindicalismo cristiano ¿no se hallarian en las parroquias, siquiera en las más populares, en las de los suburbios en donde moran millares y millares de familias obreras?

Triste es tener que decirlo: en esas parroquias tampoco, al parecer, hay obreros, dignos como profesionales, y en quienes se puede confiar como católicos.

El Dr. Laguarda lo percibió con toda claridad.

No puede negarse: en todas las parroquias de Barcelona se cumplía al pie de la letra: . . . mas todo lo concerniente al espíritu se cumplía cual si se viviera en otros siglos o en una pacífica ciudad, sin problemas sociales ni políticos, sin turbas como fieras, ni fieras organizadas como hombres.

A excepción de algunas—¿dónde no hay excepción?— todas esas parroquias tenían como párroco a un sacerdote que tras largos años de trabajo apostólico había llegado al término de su carrera parroquial, es decir, a la hora de descansar y de cuidar de su salud. ¡Los achaques y años de la vejez sirven poco para conquistar almas de obreros! ¡Ni tampoco de ricos!

Todas esas parroquias, aunque formando parte de una diócesis, estaban tan separadas entre sí. . . en todo lo parroquial, que (se diría) pertencían unas a un extremo y otras a otro, el más opuesto y alejado, de un Estado. Ninguna sabía nada de las demás, ni entre todas era posible conseguir, y menos realizar, una acción mancomunada, un plan de conjunto.

En ninguna faltaban sacerdotes; pero las pequeñas devociones y las prácticas de piedad del devoto *femmineo sexu* absorbían todo el celo apostólico del ministro de Dios. No quedaba tiempo para dedicarse a conquistar proletarios. “tan poco urbanos como el obrero de fábrica catalán”, y casi todos anticlericales e impíos.

Estos, si querían mejorar su condición económica y social no tenían más remedio que acudir a los emisarios del sindicalismo anárquico de acción directa, hoy. . . contra el capital, mañana contra todos, empezando por la Iglesia”.

* * *

Joven.—Esa paulatina conquista del pueblo, parece que la podrá hacer la Acción Católica, en su nueva organización, que tiene precisamente por fin el reinado de Jesucristo.

Anciano.—Esa Acción Católica es la invención que el

Espíritu Santo sugirió al Papa actual, para las grandes necesidades de la Iglesia y del mundo, y llevará máximos frutos si fuere verdadera **Acción** de apóstoles generosos, bien formados en el espíritu sobrenatural. Al contrario, si en las filas de la A. C. se infiltran **figurones** de católicos, que no saben salir de sus cuadros rutinarios de Cofradías, asociaciones antiguas de piedad etc., tendremos la anemia crónica y luego la esterilidad moral. Los sacerdotes somos la escuadra volante de los soldados de Cristo. Debemos ser los incendiarios del Fuego divino que El trajo a la tierra. Si somos ardientes y nos sacrificamos en pos del Maestro, las almas progresarán y llegarán a El; si no trabajamos con celo, las almas no se moverán hacia arriba, caerán cada día más abajo y nos aplastarán en su ruina. Esa ruina será una poda sangrienta; claro que el árbol después de la poda dará mucho más y mejor; pero mientras tanto ¡ay de aquéllos por culpa de los cuales viene la ruina que es la poda!

¡Venga pronto, Señor, el tu Reino!
